RODRIGO DÍAZ SUÁREZ

DECLIVE AL INFIERNO

CRÓNICAS DE MYSTIRIKAN



Áurea Ediciones

1. El poder de la Sangre Astral

El fuego ha sido la herramienta principal de las civilizaciones desde el inicio de los tiempos. Otorgada a nosotros, por la magia de los Astrales, puede nacer gracias a la caída de un rayo sobre una rama, el choque entre piedras o por el ímpetu del magma de los volcanes al entrar en erupción. En las manos correctas es un calor acogedor que abraza en las noches frías y desoladoras, la fuente principal para cocinar alimentos, la luz que guía en la penumbra de lo desconocido y la excusa para convocar a conocidos y desconocidos; pero también es la desolación imbuida en la ira descontrolada, el caos que destruye todo y la muerte que espera en el fin de los tiempos. Muchos lo convirtieron en un instrumento, en un arma para buscar el beneficio personal, dejando de lado la cooperación para la subsistencia del futuro.

Los pobladores de Rayo Vivaz escapaban desesperados de sus viviendas, el miedo los dejaba paralizados, la desesperación aceleraba los latidos. Los Guardianes luchaban contra el fuego inmortal que no tenía piedad, los Milicianos guiaban a las personas afuera del pueblo lo más rápido posible, los látigos incandescentes golpeaban el cielo soltando chispas y brasas.

—¡Necesitamos más refuerzos! —gritó un Miliciano felínido—. ¡Este incendio está fuera de control!

—La mayoría está en el evento organizado por el centauro, debemos aguantar hasta el final —contestó un Diplomático enano que combatía el fuego.

Las casas caían a medida que las llamas destruían los cimientos y los postes con velas de la penumbra que iluminaban las calles se derrumbaban bloqueando los caminos. La gente sorteaba los obstáculos, los Guardianes abrían nuevas rutas de escapes, a la vez que los Milicianos escoltaban a los pueblerinos de tercera edad.

—¡Cuidado!

Una parte del tejado de una casa cayó encima de dos Guardianes, uno falleció al instante al aplastar su cráneo, el otro quedó paralizado mientras gritaba de dolor por las llamas.

—¡Hay que ayudarlos! —gritó un campesino orco que se acercó al sitio del accidente y empezó a tirarle tierra, pero el fuego no se extinguía.

Se dirigió a un almacén, pero la mano del Miliciano lo detuvo en seco.

—Si te acercas, te mueres —espetó el Miliciano—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Las miradas de impotencia se apoderaron del grupo escoltado por el Miliciano, querían ayudar a los Guardianes que arriesgaban sus vidas, pero el instinto de supervivencia los empujaba a salir del lugar.

Lejos de las llamas se encontraba un campamento improvisado donde los Médicos y Sanadores atendían a los

heridos. El sitio abarcaba varios metros, los toldos aislaban a los heridos de mayor gravedad, el resto esperaba en lonas a la intemperie. El encargado del lugar miraba atónito el paisaje, era un cánido alto de denso pelaje chocolate.

—Doctor Alastor, llegaron nuevos sobrevivientes —dijo un Sanador sauriano aviar con rasgos de canario.

—Tomen sus nombres y vean sus heridas —ordenó Alastor.

—Enseguida —contestó el Sanador.

Alastor dio media vuelta, los integrantes del Gremio de Salud iban y venían a gran velocidad, las camillas de rescate empezaban a escasear, los Internos se llevaban las manos a la cabeza por el estrés acumulado. Los supervivientes malheridos apenas respondían ante el estímulo sonoro del ambiente, otros lloraban por desconocer el destino de sus parientes y amigos que no estaban en el lugar.

—¿DÓNDE ESTÁ MI HIJO?

El grito se escuchó desde la entrada del campamento y Alastor caminó hacia la fuente emisora. En el sitio había una familia de taurinos junto a miembros del Gremio de Salud y Milicianos.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Alastor.

—¡Mi hijo no está acá! —respondió la madre, llorando a mares.

La familia abrazó a la matriarca para consolarla.

—Necesito saber el nombre de su hijo y el de ustedes —dijo Alastor con una pequeña libreta en su mano.

—Su nombre es Trauson, el mío es Helga, el de mi esposo Rotbard y el hijo mayor es Gerson —respondió entrecortada.

—¿Por qué no está con ustedes? —preguntó Alastor.

—Mientras escapábamos, nos topamos con una muchedumbre que corría desenfrenadamente, todos nos separamos por unos momentos. Llegamos acá por cosa de suerte —respondió Rotbard.

—¿Dónde se separaron? —preguntó Alastor mientras anotaba rápidamente los datos.

—Dos cuadras al Este de la plaza central —respondió Gerson.

—Buscaremos a su hijo entre los sobrevivientes. Si no lo encontramos, habrá que esperar —indicó Alastor.

Un grupo de Internos llevó a la familia con otras personas que aguardaban la llegada de sus seres queridos y los Milicianos volvieron al poblado en busca de más supervivientes. Alastor se llevó las manos al rostro, la angustia comenzaba a apoderarse de su cordura.

Kayra, Taven y Roland utilizaron *Salto Continuo* para cruzar el río de llamas, ya que el puente ardía sin cesar. El bello paisaje del pueblo rústico que vislumbraba a sus habitantes y a toda persona que iba de paso por la espesura del bosque se convirtió en el mismo infierno.

—¿Rotharius salió del trance? —preguntó Taven, preocupado.

—No —respondió Kayra.

El fuego lanzó un latigazo furioso hacia ellos y los tres saltaron hacia un costado evitando el ataque. Kayra lanzó *Aqua Propulsor* hacia el muro incandescente, pero el hechizo se evaporó previo al contacto.

—¿Otra idea? —preguntó Roland, burlesco.